



13^e FESTIVAL DE cinema
independent DE BARCELONA

10-18 novembre 2006

Eyal Sivan, el cine como bisturí

Con eternos conflictos socio-políticos sacudiendo constantemente nuestras conciencias, cada vez más necesidad de impulsar un arte que no solo busque respuestas para las preguntas de siempre, sino hacernos reflexionar sobre las grandes cuestiones de la actualidad. Ahí es donde se sitúan las intenciones de Eyal Sivan, quien en sus películas documentales nos mete de lleno en las bases y efectos colaterales de Palestina e Israel, siempre desde el punto de vista de la población civil de ambos bandos y nuestra percepción y prejuicios del espectador.

Eyal Sivan (Haifa, Israel, 1964) es descendiente de judíos polacos que vivían en Uruguay pero que en 1985 se trasladó a París.

"Mi madre era sionista y quería dejar Montevideo para ir a un país nuevo. Decidieron Israel por crecer como judío. El judaísmo de mi casa era secular, así que durante muchos años no fui judío sino que el judaísmo era algo peyorativo. Me tomó tiempo entender que parte de la descolonización es aceptar el hecho de que soy judío, pues la identidad israelí es colonialista, de colonizar también el judaísmo, de nacionalizarlo. Mi madre se decepcionó con Israel".

Dos años más tarde, en 1987, sorprendió a la crítica internacional con *Aqabat jaber: Vie de passag* que ya dejó patentes las bases sobre las que luego desarrollará su discurso sobre el uso político de la desobediencia civil y la manipulación del genocidio, convirtiéndose a la postre en referente del cine documental cosechando múltiples premios en diversos festivales. En ella realiza un contundente retrato sobre las palestinas desplazadas de su tierra natal como consecuencia de la creación del Estado de Israel, denuncian la historia de una supuesta solución transitoria que acabó convirtiéndose en un modo de vida permanente y cercano retrato sobre lo que es una generación relegada, criada en base a la añoranza de un hogar que nunca conocieron y que ya no existen, merecedora del Gran Premio del Jurado del Festival de Cine del Centro Georges Pompidou de París.

Después de este prometedor comienzo tuvieron que pasar cuatro años para poder contemplar su segundo comienzo de su etapa más prolífica como director cinematográfico, abarcando esta toda la década. Su segundo documental fue *Izkor: Les esclaves de la mémoire*, análisis imprescindible y sin complacer sobre el estado hebreo, captadas a través de los fastos conmemorativos que durante el mes de abril se llevan a cabo donde historia santa, religión y política se entremezclan y se confunden en un cóctel patriótico y grandioso para las nuevas generaciones.

Es sobre todo en este segundo título cuando se percibe que las intenciones artísticas de Sivan, lejos de ser sobre el desarraigo de la población palestina, se amplían hasta llegar a connotaciones comprometedoras sobre el país, al que acusa de sacar réditos del revisionismo histórico o, como dirían los políticamente correctos, de las medias verdades sustentadas en el olvido. Como dice el propio director, "En principio, la memoria es un olvido. Pero en realidad, siempre implica la selección de una serie de recuerdos y, por consiguiente, la construcción de una historia".

otros. En la construcción de la memoria oficial israelí, se han "olvidado" mucho datos y acontecimientos que ha servido para legitimar actos ilegales desde el punto de vista del Derecho Internacional (como la ocupación del territorio de Palestina sin el consentimiento de sus habitantes originales) a partir de la estrategia de los recursos consumados."

La lucha contra el olvido.

En relación a su particular lucha contra el olvido, Eyal Sivan expone en su obra la convicción de que el real y duradera del conflicto palestino-israelí requiere poner en marcha un proceso de revisión de la historia impuesta por el discurso sionista. "Sólo desmontando la memoria oficial y analizando detalladamente el conflicto (la proclamación del Estado de Israel sobre territorio palestino, en 1947 y bajo el amparo de la responsabilidad de resarcir a los judíos del horror del holocausto), se pueden cambiar las mentalidades y promover una reconciliación entre palestinos e israelíes.. No se puede construir un futuro en el que sea posible la convivencia pacífica si el acto fundacional del Estado de Israel se basa en una partición artificial de la región de Palestina, que ha perjudicado el futuro a muchos de sus pobladores originales".

Un claro ejemplo de discurso en torno a este último punto lo encontramos en su película *Aqabat jabe* (1995), en donde volvemos al campo de refugiados mostrado en su primer film, recién devuelto a la patria palestina. En este contexto de cambio y supuesta liberación, el director nos muestra que no ha cambiado nada para los mil habitantes, ya que continúan refugiados al estar privados de aquella tierra de la que sus padres fueron expulsados que sigue siendo propiedad del Estado de Israel. Como ya pregunta el propio título de la obra, la película durante todo el metraje consiste en la necesidad de admitir la injusticia inflingida contra el pueblo palestino y que todo su sufrimiento no ha pasado inadvertido, en definitiva, reconocer su parte de razón ante cualquier concesiones o acuerdos a los que se llegue en un hipotético cese total del conflicto.

El racismo endémico hacía el árabe en la población judía.

La memoria oficial israelí se basa en tres negaciones. En primer lugar, la negación de la posibilidad de que el "diaspórico" del pueblo judío pueda ser su principal seña de identidad, obviando que hasta la formación del Estado de Israel nunca tuvieron un territorio geográfico propio.

En segundo lugar, la negación de la realidad geo-política y cultural de la Palestina anterior a 1947, arábigos y verdaderos indígenas del territorio que se extiende entre el río Jordán y el Mediterráneo son los palestinos.

En tercer lugar, la negación de la existencia histórica de una cultura judeo-árabe (sefardíes) igual o superior a la vertiente judeo-europea (askenazis).

Cualquiera de estas tres negaciones tiene una clara implicación en el racismo endémico del pueblo israelí (árabe por extensión), ya que a nivel subconsciente les recuerda quien es el legítimo habitante de esas tierras. Para los árabes palestinos les significaría tener que reconocer su parte de culpa en el conflicto. En *Israland* (1999) aparece por primera vez en la que Sivan trata este tema frontalmente. Este documental cuenta la historia de un parque temático encargado de construir Israland durante la Guerra del Golfo, un parque temático situado a diez kilómetros de la capital mientras en la capital crece la paranoia ante posibles ataques con gas mortal. Entre los obreros palestinos junto a judíos israelíes, georgianos o alemanes, todos tan diferentes entre ellos que lo único común es su trabajo, en donde el odio reina omnipresente.

En abstracto, lo que Sivan nos muestra es a la sociedad israelí en clave de occidente (como más tarde a historia llena de patetismo cargado de metáfora surrealista, todo ello salpicado con un áspero y de humor. Lo que está claro es que tarde o temprano se acabará construyendo ese absurdo parque en n claro como el desprecio que sufrirán los peones árabes durante todo el proceso, reducidos a man nombre ni alma. Al igual que sucede en muchos otros países, nada cambiará por hacerse uno o mil mucho que se trabaje codo con codo los prejuicios siempre serán más fuertes que la azada.

La negación del judío árabe.

Como se comenta en *Israland*, un porcentaje muy alto de la población de Israel es árabe, ya sean jud o palestinos que quedaron en zona israelí tras la partición de 1947 o en las anexiones posteriores. dominante ha tratado de ocultar ese dato, promoviendo la "des-arabización" de la población ju ocultándoles sus referentes históricos y socio-culturales. Por una parte, se prohíbe a los árabes israelí casan con un palestino, mientras que a su vez se busca incesantemente la emigración a Israel de j no-árabes. Según Eyal Sivan, "este estado de guerra permanente en el que vive Israel ha hecho que disminuya de forma considerable el número de inmigrantes judíos que llegan al país".

En una de sus últimas producciones, el documental *Route 181, fragments d'un voyage en Pale* ganadora del Gran Premio del Festival Internacional de Derechos Humanos de París, Sivan refleja cla de "des-arabización" dando la palabra a judíos de origen sefardí que, ante esta oportunidad de rea eternidad de las imágenes grabadas, se esfuerzan de manera continua en diferenciarse de sus vecino verano del año 2002, Route 181.. nos muestra el recorrido emprendido por el propio director junto Khleifi (co-director del film) a través de la denominada "ruta 181", que no es más que la virtual línea en la resolución 181 de la ONU por la que se dividió la antigua Palestina en dos estados diferentes.

Durante sus extensos 270 minutos de metraje, escuchamos opiniones tanto de judíos como de pa mujeres, niños y adultos, civiles y militares, explorando a través de sus palabras el límite que los se (hormigón, humor, desconfianza, ilusión, agresión, cinismo). Como en muchos otros conflictos, la v es la orografía sino el espíritu resentido de cada pueblo, mucho más determinante que esa resolución t realmente nunca cumplida, tanto por unos como por otros. Aquí no hay buenos ni malos, solo dolor y el director, "Route 181.. es un trabajo de arqueología política. Intenta plantear un relato coral c instrumentalización y tergiversación de la memoria histórica llevada a cabo por el poder sionista, que l en el imaginario de los israelíes)".

Con ese discurso coral y sin condiciones, Eyal Sivan consigue esquivar los estereotipos que cac aportar a la obra, ya que el director cree que, por encima de todo lo denunciado al poder sionista, convertir a los palestinos en las nuevas víctimas por excelencia, en referencia al hecho de que en pública occidental, informada de manera sesgada y politizada, se extiende cada vez más la idea de que gobierno del Estado de Israel son equiparables a las que llevaron a cabo los nazis. "Ese planteami Sivan, convierte a los palestinos en las nuevas víctimas por excelencia, pues su veredgo es el verdu los nazis.. Desde la certeza de que se deben evitar esas interpretaciones esquemáticas y reduccion discurso, creo que es necesario subrayar que en el conflicto israelí-palestino existe un gran desequ agentes implicados. Es decir, ambos son víctimas y verdugos, pero unos son más víctimas y otros má

Un ensayo sobre la banalidad del mal.

Reflexionando sobre el concepto del verdugo, muchas veces asociado al número de la bestia, Sivan es interesante como *El Especialista (Un spécialiste, portrait d'un criminel moderne)* (1999), document de Hannah Arendt "*Eichmann en Jerusalén. Un ensayo sobre la banalidad del mal*" que ya había sido encendidas. Codirigida junto a Rony Brauman, nacido en Jerusalén, los dos realizadores trabajaron sobre un video que el cineasta norteamericano Leo Hurwitz registró del juicio a Adolf Eichmann, responsable de la deportación de judíos hacia campos de exterminio, realizado en Israel el 11 de abril de 1961.

Al igual que la escritora, los directores debaten sobre la denominada "banalidad del mal", ahondando en un hombre que en apariencia no se diferenciaba mucho de cualquiera de nosotros y que, sin ser culpable de la puesta en marcha de la maquinaria nazi. Un burócrata que ejecutaba órdenes sin otra opción que obedecer, pero no un ideólogo de la masacre.

-"Paradójicamente, en nuestro film, el personaje principal es un verdugo -dice Eyal Sivan-. Un hombre común, como lo ha subrayado Hannah Arendt. Este retrato rompe con la iconografía habitual del superhombre nazi, encarnación de un mal diabólico. Extrañamente, el cine antifascista también utiliza más que ver a los SS de 'La lista de Schindler', que se parecen a los de Leni Riefenstahl."

Según Rony Brauman, "hombres como Eichmann, obsesionados por la necesidad de cumplir órdenes en todas las latitudes y en todas las épocas. En la deportación y en la posterior exterminación de los judíos, la mayoría comprometidos no eran ideólogos sanguinarios".

-"Es el problema de las sociedades modernas: ¿quién es responsable?" -añade Sivan. Yo creo en el individuo. Un torturador puede decir que era una orden, que alguien lo haría por él en caso de negarse. Lo cierto es que lo hizo, y por tanto ha de asumir su parte de culpa".

La parte más polémica de esta película, al igual que en el libro, es cuando se habla del comportamiento de colaboracionismo que algunos han denunciado en judíos que sacaron su beneficio personal de las acciones nazi. En este terreno, Sivan está más pendiente de hablar sobre la condición humana que no de desentender el quid de su propuesta esta en el hecho de que demonizando a estas personas, estos actos, se pierden de vista, de búsqueda del cómo esos acontecimientos pueden reproducirse y ser llevados a cabo en otros contextos distorsionados, incluso en países y poblaciones que los sufrieron previamente. Al respecto, Sivan dice: "En el Tercer Reich, Eichmann podría ser un burócrata cualquiera. Es difícil lidiar con eso. Nos hemos acostumbrado a que podemos convertirnos en un tipo así? No quiero decir que todos seamos Eichmann, pero podemos aprender a cómo vigilar el hecho de que las raíces del crimen colectivo, del totalitarismo, están en las sociedades modernas".

Como dice José Steinsleger en su magnífico artículo "De la Frívola Banalización del Mal", "el tema de los descargos (inhumanidad, arrepentimiento, revelación) resulta clave para endosar la culpa al "mal". ¿Pequeño mal', o una tosca variable del modelo político precursor que hoy defienden las plutocracias de Europa central?...". Prosigue Steinsleger, "...En la hipócrita retórica de los (ya demasiados) 'Negaciones invierten la ecuación central. Pues si un genocida es 'causa', y el sistema que lo engendra, que el exterminio planificado pueda reciclarse una y otra vez. Luego, los (ya demasiados) 'filosóficamente maquillados en los abismos del 'bien contra el mal', el 'mal contra el bien' y esos conceptos vulgares que han reducido el drama de nuestra época a un hoyo negro sin ton ni son...".

Al respecto, es significativo que, como muchos denuncian, Israel practica la "transferencia de población". En 1948 tuvieron el primer enfrentamiento con los árabes. Su excusa es la expulsión de palestinos para dar espacio a los judíos procedentes de otros países, lo que en sentido profundo no deja de ser una limpieza étnica de su

La relatividad del 'mal' y los peligros de la memoria.

Volviendo al tema de la "banalización del mal", Eyal Sivan volvió a la temática del anterior documental ***L'amour du peuple*** (2004), en donde Monsieur B. narra la historia de su vida dedicada al trabajo, y reza el título de la obra siempre realizó sus deberes "por amor a la gente", un verdadero ejemplo de su puesto como funcionario en la República Democrática Alemana (RDA). A través de su testimonio y numerosas imágenes de archivo de aquella época, este personaje histórico nos cuenta con todo lujo de detalles para él ser oficial de la "Stasi" (MfS) durante veinte años, concretamente hasta su disolución semanas antes del muro de Berlín el 9 de noviembre de 1989.

En resumidas cuentas, a lo que el espectador se enfrenta en esta propuesta vuelve a ser el tema de la ceguera, el amor contra el desengaño, a través de un hombre que siempre hizo lo que la sociedad esperaba, llegando a ordenar cosas que precisamente no podrían ser reveladas a la opinión pública. Para él, la Stasi, el orden democrático alemán, para el resto de la comunidad internacional, una organización gubernamental de terrorismo de estado, a la privación total y absoluta de la libertad y los derechos civiles de la persona, rápidamente a todo disidente político o moral. De entre todas las patéticas aseveraciones de Monsieur B. muestras de nostalgia por la desaparición de su mundo, recordaré la que posiblemente más tiene intenciones reflexivas del director en este film: «Volverán a llamarnos. Los países necesitan sentir el terrorismo». Esta escalofriante y terrible afirmación, que bien podría ser el epitafio de un gran mal de ficción, se convierte dicha por este oficial en una involuntaria amenaza a tener en cuenta, avisándonos también existe en el "mundo real", entre nosotros, ahora mismo.

Así pues, la visión de la obra más reciente de Eyal Sivan, alternando documentales como ***El especial du peuple*** con otros como ***Ruta 181***, nos ofrece una profunda reflexión sobre el tema de la víctima con viendo ciertos paralelismos y sobre todo muchas coartadas morales. Como dice el propio director, **noción de que por ser víctimas tenemos ciertos derechos, así que transformamos la memoria en un interés la utilización de la victimización. Yo trabajo sobre Israel y Palestina porque es el mundo que cuestiona que conciernen a todos. La victimización es una cristianización del judío. Es como este tiempo, sufriendo, siendo un mártir. El filósofo Yeshayahu Leibowitz decía algo así como 'Usamos la memoria es lo que hace y no lo que le pasó'. Muchos crímenes de hoy en día se justifican por la memoria.**

No hay que olvidar que, al respecto de lo comentado por Eyal Sivan, el discurso sionista siempre recuerda la memoria histórica del conflicto con Palestina y por extensión con el mundo árabe, difundiendo la idea de que las presiones palestinas supondría poner en peligro la continuidad del Estado de Israel. Desde ese planteamiento israelí califica las fronteras anteriores a 1967 como "fronteras Auswitch", lo que no deja de ser una conciencia internacional que, de otro modo, no tendría tantos reparos a la hora de cuestionar o denunciar **"Actuamos como israelíes en nombre de la memoria, pero como nos ponemos a nosotros en la situación de víctimas, tenemos compasión por las otras víctimas. Es una paradoja"**, subraya Sivan.

De hecho, a los ojos de ciertas personalidades políticas y culturales israelíes, algunas acciones realizadas por el Estado de Israel han sido comparables a denunciados horrores del nazismo. Destaca Sivan que **estas declaraciones se refleja una perplejidad que muchos ciudadanos, israelíes y no israelíes, compartimos: ¿cómo puede un pueblo que ha sufrido en sus propias carnes la persecución y la expulsión territorial, esté haciendo lo mismo a otras personas?"**.

Hay que tener en cuenta que David Ben-Gurion -considerado el padre de la nación israelí- atribuía a

representación única de la memoria de las víctimas del genocidio judío, desde luego un peso difícil. Incluso llegó a recriminar públicamente a los inmigrantes judíos árabes que protagonizaron a mediados de los años 50 las primeras protestas públicas contra su gobierno, ya que según él no tenían motivo para quejarse de la situación con la de los judíos occidentales que habían sufrido la persecución nazi. "Desde sus inicios, el Estado israelí ha utilizado la evocación del holocausto como una herramienta de cohesión y control, le ha permitido neutralizar las disidencias internas y, por otro, borrar las memorias propias de los

El conflicto palestino-israelí. Oriente contra occidente.

Desde luego, la vergüenza del nazismo está muy presente en la memoria del pueblo judío, pero eso no debe servir para justificar o cerrar los ojos ante lo que ese mismo pueblo haya hecho después. "La propia memoria como una especie de vacuna histórica y el recuerdo del propio horror hace que se olvide o minimice ese olvido contribuye a la mala conciencia de la sociedad europea por su responsabilidad en el holocausto, potenciando una actitud permisiva respecto a las acciones del Estado de Israel".

Extendiendo la anterior reflexión, nos encontramos con que la respuesta al problema del conflicto en el Oriente se ha de buscar directamente en las raíces del judaísmo occidental, que como nos demuestra Sivan reeducado (reprimido) a la vertiente árabe. "No hay que olvidar, precisa Eyal Sivan, que el conflicto como un laboratorio en el que se reproduce a pequeña escala la confrontación entre Occidente y Oriente, sociedades ricas y las periféricas".

Sobre este trascendente asunto, cabe destacar su acertadísimo documental *Jerusalems: Le syndrome* en el que analiza desde la distancia dónde acaba el fervor religioso y dónde empieza el fetiche, siempre visto desde la perspectiva que representa la visión de un extranjero en una ciudad tan sagrada y sacralizada como Jerusalén. En la realidad, con toques fellinianos notables, asistimos por una parte al encuentro entre las distintas perspectivas de la óptica árabe y la judía a la hora de entender y afrontar las mismas situaciones y utilizar los mismos elementos. La invasión turística como nexo común y fuerza motivadora de cambios. Nunca dos culturas cohabitaron en un estado tan alejadas entre ellas, como se desprende de la brutal metáfora construida (de explotación comercial) del muro de las lamentaciones.

Por ello, el objetivo de sus films también es contribuir a re-escribir la historia del conflicto desde una perspectiva más compleja que tenga en cuenta no sólo la visión de los judíos occidentales y la de los palestinos, sino también la recuperación del pensamiento judío árabe, pues como Sivan dice: "El imaginario sionista que ha conllevado el oficial israelí se articula en torno a la historia de los judíos occidentales, mientras que las referencias al Oriente se hacen siempre desde una óptica culturalista y a-histórica".

Por otra parte, como se apunta en el citado documental, Israel supone para muchos judíos occidentales una esencia como practicantes, por mucho que algunos nunca hayan pisado esa tierra. En consecuencia, en situaciones paroxísticas como el hecho de reivindicar e imponer unos valores o derechos para Israel encima de sus necesidades reales o de los intereses de un amplio espectro de la población, reprimiendo los que tienen los judíos orientales (árabes) de su propia tierra. Al fin y al cabo los judíos occidentales, al igual que los orientales los pobres, así que urge cuestionarse si las abismales diferencias entre israelitas árabes y palestinos (afirmación que parecen desmentir la mayoría de historiadores) o si por el contrario provienen de la idealización que el pensamiento judeo-cristiano (totalmente occidental) ha hecho de ellos. Y en vano han acabado consumando en el siglo XX la (según algunos) ocupación ilegal de una gran parte de la tierra para formar el Estado de Israel, decisión tomada sin tener en cuenta la legitimidad del estado palestino y ante la ONU.

Por último, si cabe más interesante (por comprometedora) para el público occidental, es la implicación o visión mística que representa Jerusalén como cuna del cristianismo, ya que para el pensamiento judeo-cristiano y en ello se fundamenta la ocupación de esas tierras árabes para la fundación del Estado de Israel y de la penetración de occidente dentro del mundo islámico. Por tanto, Eyal Sivan apela a que nos cueste políticos que pueden haber detrás de ese gran circo montado en torno a la fe religiosa, ya que en última instancia denuncia es la falsa complacencia en la que estos (nosotros, pues aun ateos conservamos la moral judeo-cristiana) acomodado como jueces de un conflicto que les queda lejano desde su punto de vista, amparándose en el tiempo para ocultarse a si mismos que en realidad les atañe desde los albores de su génesis como civilización.

Cuando asistimos a los últimos compases de *Jerusalem: Le syndrome borderline*, el personaje/psicólogo nos explica las causas del "Síndrome de Jerusalén" nos resume que todavía se desconocen los orígenes invitándonos a participar en la discusión ya que según dice podemos tener cosas que decir. Justo en ese momento la cámara aparece en escena apuntándonos impasiblemente, malgastando metros de celuloide a la vez que nosotros pronunciamos. El tremendo abismo que intuimos en esa reflexión nos obliga a salir abruptamente de la película completamente las puertas, ocultando la realidad de ese objetivo que aguarda impaciente por conocer. Aún así, lejos ya de ese espacio virtual, una vez abandonada la proyección, el sonido del motor todavía resaca nuestras mentes, sabemos que esa cámara seguirá ahí, impasible hasta el día en que decidamos en el tiempo apremia. Solo es una pregunta, la eterna gran pregunta...

Artículo escrito por Eyal Sivan

TORNAR ENRERE

Copyright © AVED - Associació de Video Edició Digital